

POR FUERA

Desde luego, desde la primera mirada, sin tiempo para apreciar detalles, impónese su gallardía suprema, su gran esbeltez. Dos torres finísimas, amarillentas, y un rosetón blanco: hé aquí lo primero que se ve hasta que los ojos se orientan. El hermoso edificio muestra al observador su frente y uno de sus costados. Hoy es cuestión de un segundo llegar de la puerta principal á la del lado de Oriente, y, sin embargo, el arte ha empleado en recorrer el corto trayecto varios siglos. Los sillares de la fachada Norte los puso de una vez la fe impetuosa y viva de los héroes de la reconquista, la fe «del corazón»; los de la del Este fueron la obra lenta de otros tiempos que pudieran llamarse de la fe reflexiva, en que no se esgrimía ya el acero sólo por la cruz. Unas torres amarillas y un rosetón blanco: una página elocuentísima de la historia para el que sepa leer en la piedra.

La amplitud de la plaza permite distin-

guir bien la configuración del edificio. Nada tan gallardo como la profusión de arbotantes que une torres y estribos á la nave mayor. Es una confusión singular de líneas, una red de arcos elegantísima, una trabazón de aristas de piedra que dejan innumerables huecos de luz, y que traen á la memoria las joyas montadas al aire. Y por si tal «engranaje» no fuera bastante para dar á la fábrica una nota aérea, ahí están las dos torres altísimas, con rasgadas ojivas, una rematada en un antepecho trepado que corona una aguja octógona, y otra, la del reloj, con riquísimos botareles, y en su cúspide una elegante aguja de una labor tan primorosa que resulta de encaje. Jamás la blonda, símbolo de la suma delicadeza, poseyó filigranas mayores que estas dos incomparables hechuras, la segunda singularmente, de un ignorado cincel de la Edad Media.

La catedral se halla en restauración. Un complicado andamiaje impide contemplar el pórtico con desahogo. Metiéndose por entre las vigas de soporte, aparecen nuevas bellezas de buril. Una galería de ojiva abocelada cubre las tres puertas, hoy cerradas por la obra, de triples arcos concéntricos

gallardísimos y apuntados, y con un ejército de estatuitas en las arquivoltas. Merece citarse entre ellas una reina con espada y balanza, bizantina de factura, que presidía en el siglo XIII los juicios de apelación; la mayor parte de las figuras están mutiladas. No así la imagen de mármol de Nuestra Señora de la Blanca, situada en el portal del centro, que es una escultura de suavísimo encanto. Dos altos estribos, rematados por templete exágonos, flanquean los demás cuerpos de la fachada, en la que luce un amplio rosetón central hermosísimo.

El ático es del Renacimiento, con un frontón triangular y una balaustrada, vislumbrándose en él la obsesión de lo gótico, el deseo de armonizar las nuevas tendencias con el hermoso estilo primitivo de la fábrica, elocuente *mea culpa* de un gusto enorgullecido con razón de poseer los verdaderos principios de la estética, y que á su pesar se inclina ante lo aéreo de lo gótico, creado para encerrar las oraciones de una religión espiritualísima que tiene por uno de sus inmortales principios el de soñar con el cielo.

Habría para estarse un mes apreciando detalles, siguiendo con la vista las preciosi-

dades que el cincel ha dejado en los muros, escudriñando estas muchedumbres de santos de granito, estas flores de piedra. Estatuas rudas bizantinas, estatuas suaves góticas, reinas con admirables ropajes, prelados con espléndidos hábitos, apóstoles graves, vírgenes místicas, las líneas vacilantes del siglo XII, las más decisivas del XIII, aquí un relieve del juicio final, allí una hilera de ángeles, doseletes, pedestales, estrías, arquivoltas, el acanto, el cardo, los pámpanos, cuanto la imaginación ha producido en su afán de expresar con toda espiritualidad una idea, vése esparcido en el area inmensa de la fábrica, en el pórtico de la fachada principal, en el crucero de la lateral derecha, en los ábsides de las espaldas, en donde quiera que los ojos se claven. ¡No, no! Imposible precisar, imposible describir. La obra de muchos siglos, elevada por varios gigantes, no puede pintarla un pigmeo en un minuto. Echemos, pues, la última mirada amorosa al exterior, y penetremos en el templo, humillados ante tanta grandeza.

EL TEMPLO DESNUDO

Penétrase por la portada del crucero, y como la restauración mantiene el interior desnudo, se goza de la gallardía de las naves en toda su plenitud. Yo no recuerdo nada más aéreo que estas columnas altísimas agrupadas, de una delgadez inverosímil, que suben siempre trazando arcos y ojivas, que atraviesan uno y otro cuerpo de la iglesia prolongándose, que trepan hasta las bóvedas, que no pierden la vertical que tomaron desde su arranque. Si fuera posible quitar la techumbre, de seguro que las pilastras continuarían ascendiendo; hay algo en ellas de alado y sin límites. Calcúlese ahora la majestad de un recinto constituido por tal pureza de líneas.

El estilo del templo es gótico, pero la arcada de la capilla mayor y los pilares del ábside tienen en sus capiteles huellas bizantinas. Una arquería simulada corre á lo largo de los muros, y sobre ella, en un corredor con pretil de finos relieves representando angelillos, se abren grandes ven-

tananas ojivales tapiadas, con cristales de colores en los vértices y en los rosetones que los cierran. La nave principal constitúyela una galería con agudas fenestras partidas por columnitas y chapetas de cuatro hojas en su remate. Todo este exorno, sin embargo, con su gran atractivo, resulta como oscurecido por la belleza de las pilastras, belleza de construcción, intrínseca, por la hermosura de la línea, descollando siempre con su simplicidad y su pureza.

Colosales vidrieras de colores con figuras de tamaño natural, del siglo XV en su mayoría, atenúan la luz libre; magnífica página de la historia de la cristalería, pues las ventanas ocupan toda la altitud de los muros que las contienen. Llaman la atención en la puerta de entrada un antiguo cuadro que representa el entierro de Cristo, colocado sobre el dintel, y una adarga viejísima, acerca de la cual corre entre las gentes la conseja de que es el corazón de un topo. ¡Reminiscencias de edades rudas en que la leyenda teñía de rojo las mentes!

El trascoro, con su gran arco artesonado con el árbol genealógico del Salvador, es plateresco, hermosa pieza, pero anacrónico; como el de la catedral de Córdoba,

desentona. Allí le ofenden los árabes arcos de herradura, aquí extraña su riqueza junto á la sencillez de los pilares. Su altura rebasa bastante de las arcadas laterales. El retablo del altar mayor es de lo más delirante y barroco, y á los dos lados del sagrario se distinguen los sepulcros de San Froilán, Albito y Pelayo. Un ábside pentágono bellísimo, con capillas hoy desmanteladas, limita este presbiterio, al que dan luz varios huecos cerrados por verjas. No he podido examinarlas despacio una por una; la que he contemplado con más sosiego, merece el dictado de hermosa muestra de cerrajería.

La sillería del coro es una buena obra de gótica talla. Tiene detalles lindísimos, cabezas de personas y de animales entre ellos. El asunto de casi todos los relieves es profano y más que profano. Ejemplo. Un galán descolgándose del balcón de su amada por una cuerda, ó subiendo á ver á su dama, que es difícil averiguar si el artista ha representado la escena *antea* ó *post* de la erótica entrevista. No me parece, sin embargo, esta sillería de lo más atrevido, por lo menos por lo que se puede apreciar en una ojeada. En nuestro Museo Arqueológico consta la del antiguo Monasterio del Paular con una

serie de pasajes bajo sus cresterías, representando el Pecado original, que no un velo, sino un espeso cortinón reclama. Un encanto accidental ofrecen estos asientos.

El polvo de la reconstrucción, posándose en los relieves, hace resaltar las figuras y adornos de brazos y respaldos, dándoles una suavidad singular y blanqueándolos. Sin duda que las filigranas de la madera sobresaldrán más limpias, pero perderán la dulce patina adquirida en un día y otro de trabajo, la blandura que ahora poseen sus contornos y que las hace parecer ligeramente nevadas.

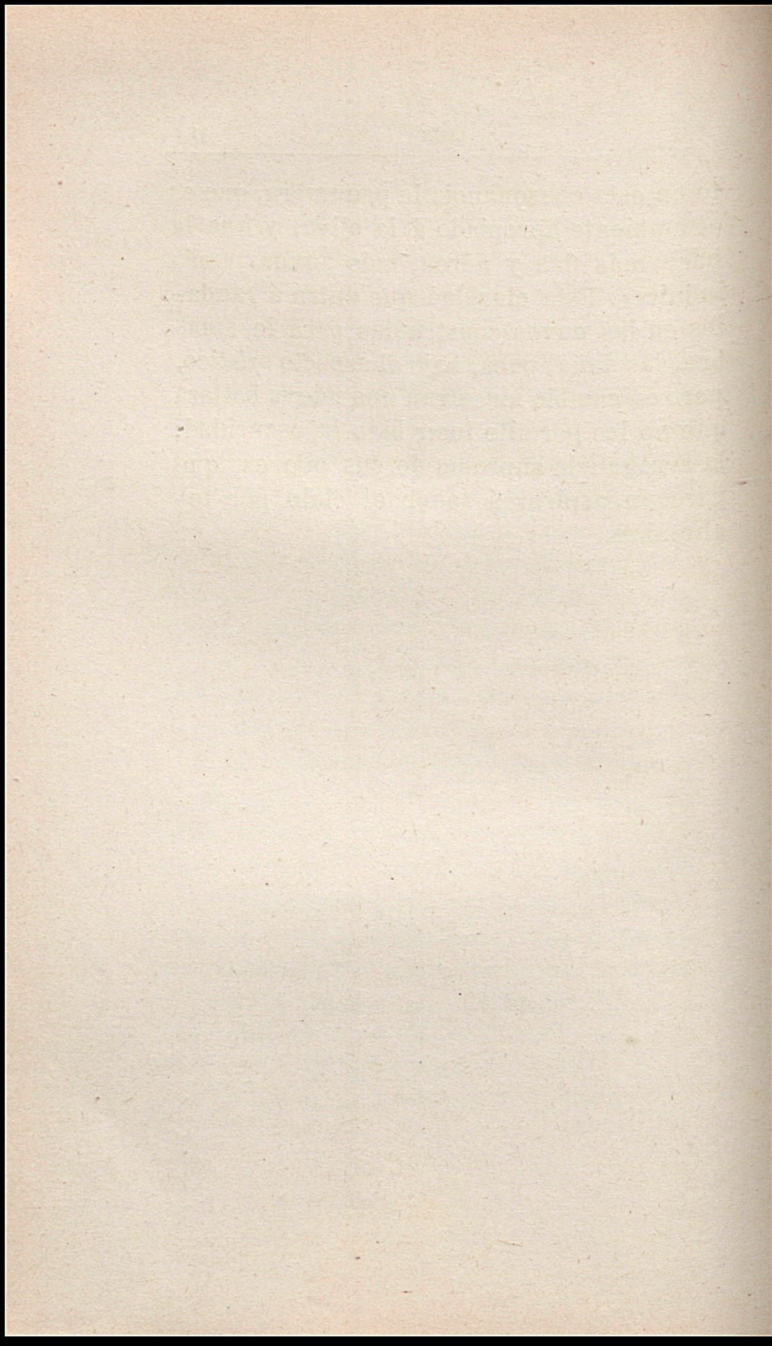
En el trascoro, en el reverso del retablo mayor, distínguese el sepulcro de Ordoño II, gótico florido de una riqueza llena de elegancia y de severidad. La estatua yacente del Rey, fina y delicada, se descubre sobre la tumba, apoyada la cabeza en dos almohadones. Su ornamentación forma un complicado grupo. Dos leones sostienen el arco simbólico que constituye el nicho del sarcófago, y en sus cúpulas se ven dos ángeles y dos cabezas una de un Obispo y otra de una Reina; tres Apóstoles coronan la cúspide; el de en medio destacándose sobre un escudo con corona real y un león en

su único cuartel. En el fondo del nicho descuella una escena del Calvario y un Jesús en actitud de platicar. En el blasón del frontis, en la inscripción, en las agujas laterales, en los mil detalles, brilla el oro.

Pasado el crucero, divídese el templo en cinco naves: la principal, las dos laterales, la del Nacimiento del Salvador y la de Nuestra Señora del Dado, en la que se enseña una imagen de la Virgen con un niño en brazos, el que, según la tradición, fué herido por un jugador poco afortunado en momentos de pérdidas, brotándole la sangre al Jesús al recibir el golpe del cúbito de marfil. En la capilla hay, con efecto, unos relieves que representan varios tahures con el cubilete en la mano.

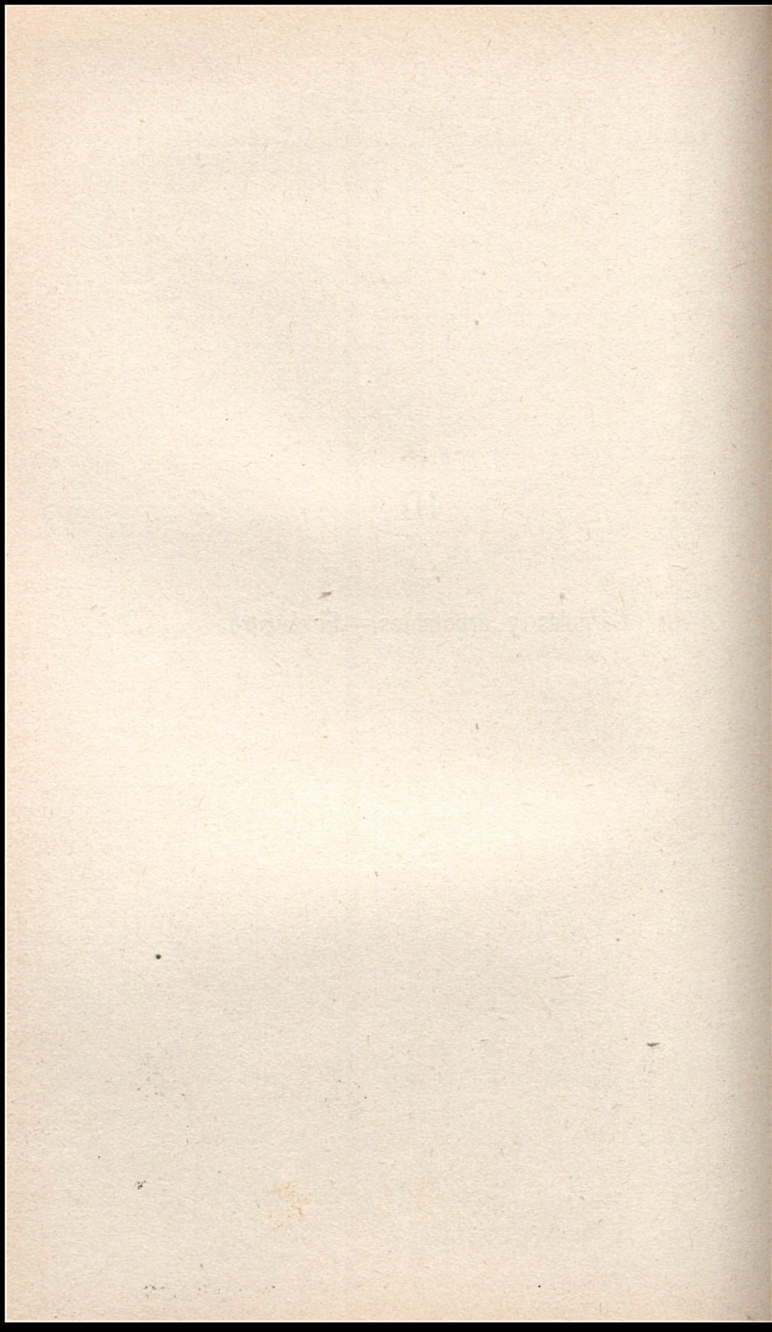
Una palabra al singular aspecto que el templo ofrece á la plena luz. Yo no había visto ninguna catedral en restauración, ó mejor dicho, en restauración desprovista ya de andamiaje, porque á la memoria me acude la joya sevillana, de la que apenas pude distinguir algún trozo del techo entre la jaula de vigas que sostenía sus bóvedas enfermas. A mi juicio, no hay arte que cuadre á las dulzuras misteriosas del catolicismo como el gótico, y no entra por poca par-

te en esta consonancia la penumbra, que es el ambiente apropiado á la ojiva, y que la hace más fina y aérea, más aguda, «más infinita». Esta claridad que entra á raudales en las naves construídas para la sombra, las daña, pues, bajo el aspecto místico, pero en cambio muestran una nueva belleza que no les permite lucir bien la oscuridad: la arrogancia suprema de sus pilares, que parecen aspirar á tener el cielo por techumbre.



III

Gárgolas y arbotantes.—El claustro.



III

GÁRGOLAS Y ARBOTANTES

Faltaba algo á la excursión. El muchacho que nos guía, facilitado por la amable consorte del conserje Verduras, nos brinda á dar una vuelta por los tejados. ¿Qué dijiste? ¿Subir á ver de cerca los simpáticos arbotantes del edificio, sus gárgolas extrañas? Pues ¡ya lo creo! arriba.

Pero, ¡oh terribles enseñanzas de la vida, que surgís doquiera inesperadamente! ¡Oh años de mozo y de alfeñique, que os fuísteis para no volver! ¡Oh buche insolente, muerte de todas las ilusiones! El guía empieza á meternos por una serie de pasillos y angosturas imposibles. Muy bien para Antonia y Rosario Fabié, camaradas de excursión, delgadas y esbeltas; muy bien para mi costilla Elena, ágil; pero muy mal para Amparo Soriano y para el director y jefe

del viaje, que suscribe, que, «á lo peor», no caben por donde el diantre del muchacho nos lleva á todos. Yo anhelaba ver despacio gárgolas y arbotantes, y á fe que realizo mi gusto, porque con frecuencia un arbotante ó una gárgola nos detienen á los dos gordos de la jornada hasta que se salva á costa de un desgarrón la estrechura.

Hay para indignarse, porque Amparo Soriano, al fin, aunque joven, es viuda y generala, y á tales alturas sociales, explícanse esas y otras libertades del físico; pero, ¿y yo, que no soy ni general ni viudo?

Desde abajo eran hermosos los arbotantes y las gárgolas; desde arriba son hermosísimos. Toda esta trabazón de aéreos arcos que sostienen las naves, resulta de cerca firme y recia. Diríase un genio protector, todo brazos, encargado de sujetar los muros del edificio. Los desagües tienen una cara de mascarón satírica y burlesca, que, contemplada junto á ellos, aumenta su deformidad, sus narizotas, su boca; aquí se oye su carcajada, que al pie de la catedral se adivinaba.

La altura es inmensa; produce vértigo. Todo León surge á nuestros ojos tendido como en un plano de relieve, y ceñido de

frondas, que verdean en el terreno como rayas en zizás. En primer término relucen y nos llaman la atención los colores rojo y amarillo del pabellón nacional. Es aquí cerca; un tablado, vestido de percalina, próximo á una iglesia de espadaña. De allí salen cohetes, campaneos y acordes de charanga. Es la fiesta de una parroquia. Y vuelta á bajar, empresa más formidable que la de subir, y que al cabo realizamos con ayuda unos de otros, salvo Antonia Fabié, que lo mismo anda por un tablón que por el paso de una calle, y que se gana para el resto de la excursión el sobrenombre de la *Brava*.

EL CLAUSTRO

Quedaba por ver, y no puede prescindirse de su visita, porque, además de su mérito artístico, es lo único, con la capilla de Santiago, que hoy está en funciones en la catedral.

Dos épocas arquitectónicas véense estereotipadas en el claustro: una, perceptible en el acto; otra, después de más detenido

examen. Los muros interiores son góticos, góticas sus pilastras, desnudas en su total longitud; góticos los detalles de sus archivoltas; góticas las ojivas de sus alas. En cambio, los arcos que dan luz á los anditos, muestran en seguida su estilo, como asimismo las bóvedas. Fustes istriados, pilares de candelabro, friso con mascarones, balaustres con flameros, florones en las claves de los arcos: Renacimiento puro.

No escasea el claustro en sepulcros, la mayoría de transición: del bizantino al gótico. Casi todos son de sacerdotes, á juzgar por las ropas de sus estatuas yacentes. Merece citarse un relieve, el de Nuestra Señora de la Regla, de gran veneración en el país. La sala capitular ofrece poco de notable. En cambio, es magnífico su acceso. Su entrada ya atrae: es una ojiva purísima y sencilla. La caja de la escalera y ésta misma son las dos joyas que aquí se admiran, verdadero monumento plateresco. El muro de la primera es un tablero de almohadillado, con casetones floridos, de una exquisita exuberancia, y la puerta de la sala un arco rebajado, con festón de follaje, y el jarro de azucenas que sostienen dos ángeles, divisa del cabildo leonés. La columna

estriada donde se encaja la escalera, bordada de flores; las ménsulas riquísimas, la barandilla abalaustrada, las estatuas de las esquinas del pasamanos, son detalles de una magnificencia artística que asombra.

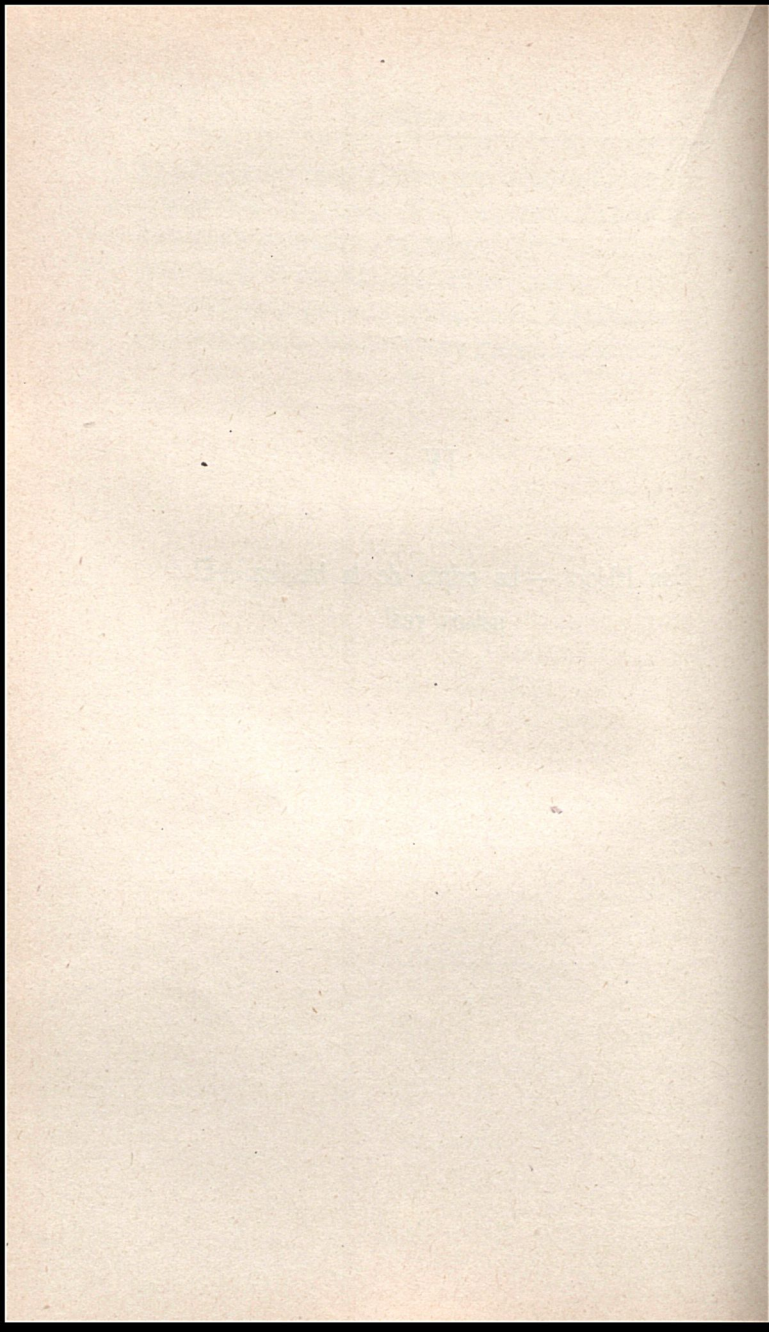
El culto de la catedral dáse hoy en su capilla de Santiago. Se necesita todo el mérito arquitectónico que ésta posee para sobresalir por valor propio junto á las grandes bellezas de la santa fábrica. Y sobresale. Sus tres amplias bóvedas, sus arcos salientes, sus trepados y cornisas, sus pilares descansando en las espaldas de inclinados mascarones, originalísimo sustento, sus relieves de una minuciosidad de figuras pasmosa, su retablo de piedra, que es un bordado al realce, hacen de la capilla una joya. Y adrede dejo para lo último su excepcional hermosura, las pintadas vidrieras de colores, de enorme tamaño, como que cogen toda la altitud de los muros.

El espíritu, obsesionado por el arte viejo, se siente fatigado y un poco sombrío, como con ganas de respirar el aire libre. Ahí está el claustro. Al salir al patio, cinco ó seis monaguillos de roja sotana prenden fuego á las hierbas secas del piso, presidiendo la operación tres ó cuatro capellanes

de oscuras ropas talaes. De pronto tocan á reunirse á vísperas, y el montón grana y negro se precipita en tropel por la gótica puerta de la capilla, mientras una golondrina, asustada por el humo, vuela á refugiarse en el desmochón de una gárgola ruinosa.

IV

San Isidoro.—La cripta de la basílica.—El
palacio real.



IV

SAN ISIDORO

A la entrada de la verja un grupo de pobres clásicos, pardos, de zurrón. Los sillares de la fachada rojos, con una venerable patina de antigüedad. Las salientes de los adornos de piedra con ese tono negro de los años, obra del polvo y de la lluvia. ¡Simpática fisonomía de iglesia!

Imposible hacerse cargo de la fachada en un solo vistazo; hay en ella mucho que observar, bien que constituye toda la longitud de un costado, dividido en tres partes por dos recios estribos. Entrantes, salientes, ángulos, recodos; aquí descuella la capilla principal, allí se destaca el crucero, y coronando semejante irregular belleza se alza la cuadrada y rojiza torre, severa y grave, rematada en un gallo, y también con ventanitas de dobles columnas. Desde luego se

advierte en la traza del edificio su sabor románico. Lo acusan así los arcos semicirculares de su puerta, los de sus ventanas ajedrezadas, los capiteles de sus columnas, los relieves y estatuas de sus frontis, el liso campanario. Pero como en otros centenares de templos, cada generación aportó su óbolo al legado de los siglos anteriores, y llegó el Renacimiento, rematando la portada en un áureo ático con pilastras platerescas y con una hermosa cornisa al pie y colocando en su cúspide la estatua ecuestre de San Isidoro. El tímpano muestra un antiguo relieve bastante bien conservado; representa el sacrificio de Isaac. Quizás es de un carácter más típico, sin embargo, el del Descendimiento de la portada y las estatuas de San Pedro y San Pablo, erguidas á ambos lados de la puerta, como asimismo dos figuras de santos descansando sobre dos cabezas de toro. El erudito D. José María Quadrado clasificalas como pertenecientes al siglo X. Con-sérvase un ábside redondo curiosísimo, con fenestras tapiadas de esbeltas columnitas, una columna de rico capitel adosada al muro desde el piso al alero, y unos canecillos primorosos.

¡Ah! Se me olvidaba un detalle singular.

En el ático resalta el escudo de Carlos V. Siempre el Emperador germánico presente en todos nuestros monumentos, como queriendo eclipsarlos con su nombre, como anhelando dejar sentado su poderío junto á ellos á los ojos de la posteridad. En la mezquita de Córdoba, en la Alhambra de Granada, aquí. ¡Pueril vanidad de tan grande hombre!

Gallardísimo interior y esbeltas naves de plena cimbra. Detalle singular de sus arcos: son de curva arábiga. ¿En León, en el corazón de aquella Monarquía indomable, heredera de la fundada en una cueva por Pelayo, en la propia ciudad de Alfonso el Católico, en una época de lucha á muerte entre la media luna y la cruz la simbólica herradura? Quédese para el historiador tal misterio, si lo es. Pilares de cuatro columnas sobre zócalos redondos sostienen las altas bóvedas, que, como todas las iglesias notables de España, no han escapado al bárbaro embardunamiento de la cal. Las ventanas ajedrezadas, el crucero de festón y más bajo que la techumbre de la capilla principal, el coro en alto, la pila bautismal románica, el cuerpo del santo en una urna de plata sostenida por cuatro leones y er-